

las sociedades de occidente. El consenso básico que hace posible cualquier tipo de comunidad descansa en ellas justamente en estos y otros valores objetivos hasta el momento sólo discutidos por grupos marginales de diversa orientación, incapaces de inquietar seriamente a verdaderos estados de derecho, depositarios de la soberanía popular. Herederas de un legado de siglos extendido desde el cristianismo hasta las modernas revoluciones las sociedades actuales encarnan el modelo menos imperfecto de régimen social y político conocido por la historia.

Un proceso de cambio acelerado orienta la evolución social más reciente. Hábitos y costumbres que pautaron durante centurias las relaciones entre nuestros antepasados experimentaron transformaciones llamativas en el último medio siglo. A consecuencia, en gran parte de la guerra del 39-45 los núcleos básicos de la estructura sufren aceleraciones y rupturas que en muchos casos llevan a su virtual desaparición. Tal ha ocurrido, v.gr., con la familia, que de extensiva ha pasado a reducirse en toda la sociedad occidental al ámbito hogareño. Igual ha acontecido con el papel y el protagonismo de la mujer. Su plena incorporación al mundo laboral ha cambiado la fisonomía de las colectividades de Occidente, encontrándonos en este ejemplo con un proceso que aún dista de haber alcanzado su término.

Diversas instancias internacionales demandan con frecuencia la revisión de las constituciones y demás sistemas jurídicos con el fin de eliminar las barreras que obstaculizan la participación integral de la mujer en la sociedad y en la familia para lograr así la verdadera igualdad entre los sexos y reducir la discriminación a que todavía se encuentra sometido el género femenino con respecto al masculino. La paridad de salarios para trabajos del mismo valor y el ensanchamiento del acceso de la mujer a puestos de mando en los gobiernos nacionales y regionales figuran también de modo permanente en las recomendaciones de dichos organismos. El camino recorrido ha sido largo y aún será necesario consumir muchas jornadas antes de alcanzar su último jalón. Una sociedad tan desarrollada y escasamente machista como la inglesa debió esperar a 1955 para que el gabinete conservador de Eden y los sindicatos docentes acordasen respetar el principio «a trabajo igual, salario igual». Y hasta una década más tarde no sería nombrada una jue-

za para el Tribunal Supremo del Reino Unido. No obstante, un año antes ocho mujeres entraban a formar parte del primer gobierno socialista de Harold Wilson. Por las mismas fechas la guerra declarada por algunas organizaciones feministas norteamericanas contra el *star system* alcanzaba pocos resultados como no fuera la difusión de la vestimenta *unisex*. En la España de los inicios de los años sesenta, la integración de la mujer en los tres niveles educacionales, aunque muy superior a la de un decenio atrás, era aún muy baja.

El avance arrollador del racionalismo se ha constituido en otro de los factores determinantes de la existencia en nuestro tiempo de una sociedad «abierta». No sólo tabúes y prejuicios ancestrales han caído debilitados al ritmo de su progreso, sino que este mismo ha llevado, al contribuir decisivamente al amortiguamiento de los extremismos, a una desideologización que se presenta en la actualidad como otro signo distintivo de las sociedades políticas. Aunque se haya abusado del término y concepto del «fin de las ideologías», el desarme y el belicismo mental de épocas precedentes es un dato fácilmente constatable, así como la aproximación de credos y doctrinas. Como todos los fenómenos mayores de la historia éste presenta también un reverso, ponderado en exceso por plumas proclives al casandrismo. La creciente desideologización de las sociedades postindustriales no tiene, ineluctablemente, que desembocar en un sintetismo amorfo ni menos aún en un abandono del ejercicio de la inteligencia. Por el contrario, esta corriente ha hecho más distendido y fructífera la dialéctica política y filosófica al curarlas de patologías que en el pasado llevaron con tanta frecuencia a cataclismos y hecatombes. El esperanzador clima de distensión internacional de la actualidad debe mucho a ello.

Las clases sociales

Un fenómeno de tal amplitud traduce indudablemente sentimientos colectivos muy hondos e influye en muchas otras esferas. La demovilización que afecta cada vez más a la militancia de los partidos políticos y en general a toda clase de asociaciones halla una de sus raíces en el plano anterior. Los lazos sociales necesitan hoy de otro cimiento que el aportado por las ideas. La decre-

ciente afiliación sindical observable en las últimas décadas obedece también en alguna medida al hecho apuntado, que ha inducido, en unión de otros, a entrar en un revisionismo a ultranza a una organización capital de las sociedades occidentales contemporáneas.

El fenómeno secularizador es de indispensable alusión al caracterizar someramente el género de vida de las comunidades situadas en el estadio llamado postindustrial o también postmoderno. Situadas gran parte de sus fuentes en el período ilustrado, se encuentra plenamente realizado tanto en países de vieja cristiandad como en el seno de los incorporados al modelo occidental. A la manera del Japón. Sus consecuencias han afectado al tejido más vivo de dichas sociedades, al proyectarse sustancialmente amores y creencias asumidas y practicadas durante numerosos siglos. Estimado también como desencadenante de dramas sin cuento por ciertos analistas, ha comportado, en conjunto, un elemento de salud social por cuanto deslinda claramente las diversas vertientes de la actividad del hombre y ha purificado por ende la noción y la praxis del hecho religioso.

Si éste fue antaño un importante elemento diferenciador de clases y grupos —sobre todo, en los pueblos latinos: frontera entre «derechas» e «izquierdas»— se ha difuminado casi por entero.

Otro tanto, aunque en menor medida, ocurre con el factor económico, que no es el único ni principal discriminante de los estratos sociales y de sus causas de conflicto. En las complejas sociedades antedichas las clases han perdido mucho como elemento estructural de indispensable referencia o más exactamente su función explicativa de los conflictos sociales no guarda ya la vigencia ni el sentido específico que el marxismo clásico le reconocía en el desarrollo de la historia. En buen número de países, la división de clases carece, en efecto, del gran valor analítico de otros tiempos debido a las transformaciones operadas en los últimos decenios. Así, por ejemplo, el proletariado es un término en cierta medida vacío de contenido, ya que en su vertiente campesina ha desaparecido casi por entero, así como en su expresión industrial y urbana.

En la actualidad, las clases asalariadas están integradas fundamentalmente por técnicos y profesionales que engloban a un amplio espectro social, en el que se cuenta un obrerismo cada vez más especializado y cualifica-

do como «desclasado». Obreros cualificados, personas vinculadas al cada vez más hipertrofiado sector terciario, pequeños empresarios agrarios y agresivos yuppies confluyen en este ancho estrato social. Después de los años cincuenta, el desarrollo y la sociedad opulenta han introducido cambios revolucionarios en la vida del obrero occidental. La reivindicación de su derecho al ocio se encuentra en las antípodas de la reclamación del derecho al trabajo de antaño, si bien el paro tecnológico provocado por la extensión del mundo del ordenador y la automatización ha vuelto insospechadamente a dar nueva vida a la última, aunque, desde luego, en un contexto muy diferente. La afirmación de la identidad obrera o de su cultura de clase se han ido abandonando por las exigencias de un mayor salario y de una instalación digna en la sociedad de la abundancia, que ha destrozado las referencias básicas de su antigua mentalidad y homogeneidad —endogamia, mesianismo, conciencia de separación, apatridismo, movilización a ultranza, lucha de clases bipolar y dialéctica—, mitología revolucionaria. Las clases inferiores —«los empleados» o asalariados, los más numerosos sin duda: 83% en la Francia de 1980— aspiran y luchan contra los «empleadores» —gestionarios o dueños de los medios de producción, el Estado, ocasiones— por un mejor reparto del producto nacional, así como por una continua mejora de las condiciones laborales, pero sin voluntad revolucionaria o de invertir radicalmente la sociedad establecida.

La cogestión y demás diversas formas de participación en la propiedad y dirección de las empresas han hecho retraer parte de los medios de producción en manos de los antiguos asalariados. Si bien este proceso se encuentra aún en sus inicios y son múltiples las resistencias y obstáculos que se oponen a su profundización, el giro social que ha provocado entraña un hondo significado y ha contribuido a debilitar la conciencia de diferenciación del viejo obrerismo. Obviamente, los sindicatos han acusado en sus estructuras y organización parte de las transformaciones operadas en el tejido de los estamentos asalariados. Fines y métodos se someten en los últimos años a un acalorado debate en sus congresos y en los medios políticos e intelectuales, con voces que reclaman un cambio radical en su naturaleza y cometidos, necesitados de una urgente adaptación a sociedades postindustriales, que implica ante todo el abandono

de un anquilosado burocratismo, sin verdadero poder representativo.

Idéntico panorama divisamos al contemplar la burguesía o las aún más lábiles y delicuescentes clases medias. Incluso en estas sociedades capitalistas en las que la antiguamente llamada alta burguesía o burguesía financiera —las clases superiores o dirigentes de la clasificación ternaria utilizada hoy por numerosos sociólogos— detenta un gran poder derivado de la posesión de cuantiosas fortunas y de su presencia en toda suerte de consejos de administración y empresas, algo tan crucial para la orientación de la vida económica como la toma de decisiones permanece en cierta medida en manos de profesionales y técnicos —cuyos más elevados peldaños, alta Administración y dirigentes de la economía, se entremezclan y confunden con las categorías superiores— y de los sindicatos. Lo cual es un ejemplo más de cómo en las sociedades industriales la distinción de sus clases debe descansar ante todo en la determinación técnica —trabajo y función— en lugar de la jurídico-social-relaciones de producción.

Las críticas a la «sociedad opulenta»

Aunque una radiografía más pormenorizada del tema de las clases en la sociedad occidental exigiría dar entrada a no pocas matizaciones y a prestar atención a elementos que exceden el ámbito sintético en el que se mueve esta descripción, podría afirmarse que la polarización, propia de las comunidades de decenios atrás, se ha visto progresivamente reducida en beneficio de la creación de una zona central imparablemente ensanchada, cuyo cosmovisión es la que da tono al conjunto y en la que se decide las batallas políticas e ideológicas. El cañamazo sobre el que se teje este nuevo modelo de organización social es el de unas clases medias de cuyos valores y comportamientos todos los restantes grupos participan. Su irrefrenable expansionismo se ha visto en los últimos años coadyuvado decisivamente por la revolución tecnológica y la concentración de la población activa en el sector terciario —empleados, funcionarios, profesionales, etc.

En una sociedad abierta como la occidental, con una básica pluralidad de niveles en los que, por supuesto,

se manifiestan los conflictos internos y toda clase de desequilibrios, la fluidez es muy notable, si bien la indigencia, el temor o los prejuicios históricos generan grupos marginales. Ni la cuna ni la educación se erigen en barreras infranqueables para la movilidad social, pese a la existencia de centros de élite —v.gr.: las célebres *Public Schools* inglesas— y al peso de blasones y haciendas en determinados países. Con múltiples rémoras, el proceso socializador llevado a cabo por el sistema educativo repercute en modo notable en la porosidad e igualdad del conjunto social. A su vez, la nupcialidad interclasiista es mayor que en ningún otro período de la historia y muy considerable por sí misma. El partido más aristocratizante en sus cuadros, el de los tory ingleses, estuvo gobernado por una mujer criada en el hogar de un tendero, sin que para reforzar la argumentación se tenga que recurrir al lugar común del dinamismo de la sociedad inglesa.

La política fiscal se revela como otro poderoso motor de nivelación social. La justa redistribución de las rentas con impuestos progresivos sobre las grandes fortunas y su transmisión no es patrimonio de los gobiernos socialdemócratas y los Estados Unidos son al respecto uno de los países de legislación más avanzada. En las sombras del cuadro también la sociedad norteamericana se ofrece como paradigma de lo expuesto con sus famosas «bolsas de pobreza», chicanos, portorriqueños, pieles rojas, negros. De igual modo, Gran Bretaña o Francia, como en la República Federal Alemana o en los países del Benelux, Australia y Nueva Zelanda y, en menor medida, Canadá, Italia o España, los contingentes migratorios se reclutan en estos sectores en los que las numerosas deficiencias y lacras del sistema capitalista se ponen al descubierto con toda su nitidez.

Pese a lo cual dichas sociedades acumulan en su interior las energías y capacidades requeridas para responder con éxito a toda suerte de retos en el lento caminar de la humanidad hacia horizontes de auténtico progreso. Su cultura e ideales han moldeado la mentalidad prevalente en la actualidad. Aunque resulte difícil definir el contenido específico de la sociedad occidental es claro que los derechos humanos, la libertad política e ideológica, la innovación tecnológica y el intercambio comercial son ingredientes esenciales de su naturaleza.